

## “La lucha por Europa” en Triunfo (9 junio 1973)

**Leyenda:** El 9 de junio de 1973, la revista Triunfo acerca de Europa y la relación de dependencia que existe con los Estados Unidos.

Al igual que la Conferencia de Helsinki, las entrevistas del presidente estadounidense, Richard Nixon, y el presidente francés, Georges Pompidou, representan, según Eduardo Haro Tecglen, una “lucha por Europa”, una Europa occidental que busca su identidad fuera de Estados Unidos, frente a la “Europa americana” que nació y continúa siéndolo, una Europa subordinada política y económicamente a Washington. Según el autor, este deseo de autonomía está aumentando, ya que se fuerza la ampliación del Mercado Común en torno a un ideario democrático representado por un Parlamento y una política exterior e interior común, intentando crear partidos políticos y sindicatos supranacionales. Todos estos movimientos hacia una Europa más unida y autónoma son los que Nixon intenta paralizar o que se desarrollen de forma que no afecten negativamente a los intereses estadounidenses.

Para la Unión Soviética, Europa debe construirse sin barreras ideológicas, una Europa paneuropea y no sólo occidental.

**Fuente:** Eduardo Haro Tecglen, “La lucha por Europa”, en Triunfo, núm. 558, año XXVII, 09.06.1973, página 6.

Disponible en: <http://www.triunfodigital.com/mostrador.php?a%F1o=XXVII&num=558&imagen=6&fecha=1973-06-09> .

**Copyright:** (c) Triunfo Digital

**URL:** [http://www.cvce.eu/obj/la\\_lucha\\_por\\_europa\\_en\\_triunfo\\_9\\_junio\\_1973-es-73c61148-662c-4197-a028-3bdb19386986.html](http://www.cvce.eu/obj/la_lucha_por_europa_en_triunfo_9_junio_1973-es-73c61148-662c-4197-a028-3bdb19386986.html)

**Publication date:** 20/02/2014

---



---

**e. haro tecglen**


---



---

## LA LUCHA POR EUROPA

Las entrevistas de Nixon y Pompidou en Reykjavik forman parte de la lucha por Europa, como las «Helsinki consultations», o conferencias preparatorias para la seguridad y cooperación europea. La lucha por Europa tiene muchos aspectos, muchas facetas, y en el momento actual está lejos de ofrecer un futuro claro. Existe, en primer lugar, una cuestión interior de la Europa occidental, que busca su propia entidad. Tiene un peso de origen, una marca de nacimiento, y es que es una idea de los Estados Unidos. Nace de una guerra ganada por los Estados Unidos. Dejando al margen la retórica de los discursos de aniversario, sucedió que los Estados Unidos acertaron a declarar la guerra y desembarcar en Europa cuando estaba destruida y al extremo límite de sus fuerzas, dominar la guerra y configurar su paz. En esta configuración se incluía todo: desde una fijación de fronteras propias frente a la URSS y el bloque soviético, la reducción de las fuerzas de resistencia, la creación de un sistema militar con su propia hegemonía —reservándose para sí misma la exclusiva del arma nuclear— y el mantenimiento de sus tropas en el continente, el fomento de unos partidos políticos nacionales y la exclusión o anulación de otros, la subordinación de la moneda europea a la suya propia y la implantación de industrias o la colocación de capitales. En suma, se hizo una Europa americana. Los beneficios económicos que Europa occidental obtuvo de esta ocupación amistosa fueron numerosos. Su subordinación política y económica fue, en cambio, notable. Pero no tanto para que de ella no surgieran las tendencias favorables a una europeización de Europa. Digamos que eran y son muy diversas.

Estas fuerzas se han encontrado últimamente con algunos elementos favorables. Uno de ellos ha sido la propia dilatación imperial de los Estados Unidos, que las ha conducido a intentar una presión mundial más intensa y más fuerte de lo que podían soportar, con sus efectos de crisis interior de sociedad, de pérdida de valor del dólar y de sensación de impotencia. Otro elemento favorable ha sido la flexibilidad de la política soviética y, finalmente, de la China. Han hecho desaparecer en gran parte, ya que no en todo y naturalmente no en todos los sectores, la noción de enemigo. La principal fuerza psicológica de los Estados Unidos había sido la reconversión de la URSS de aliado en enemigo a los ojos de los europeos conservadores, sobre todo, por su alianza con China. La idea de un desplome sobre Europa del inmenso conjunto humano de la URSS y China llegó a ser algo muy visible, muy real. Paradójicamente, la disputa entre URSS y China, que tanto daño hizo en el bloque geográfico comunista y en la ideología comunista en general, fue también perjudicial para los proyectos de los Estados Unidos en el mundo, ya que ahí comenzó a desaparecer la noción palpable de enemigo. Finalmente, la flexibilidad política por la vía de lo que llamamos de una manera simplificadora la coexistencia, ha borrado la imagen de enemigo.

De esta forma, las fuerzas políticas que fueron siempre partidarias de una independencia europea con respecto a los Estados Unidos, han llegado a impregnar incluso a aquellas que estaban dispuestas fácilmente a acogerse a la protección —militar, económica, política— de los americanos. Esta es la parte esencial de la lucha por Europa que se está desarrollando en estos momentos. Se fuerza la ampliación del mercado común y su construcción en torno a un ideario democrático representado por un Parlamento y una política exterior y hasta interior común, se busca y se estudia la creación de partidos políticos y de sindicatos supranacionales —muy importantes en el momento en que la mano de obra es tan multinacional, por lo menos, como las empresas— y se desea una anulación de las fronteras ideológicas. Lo que en principio era un movimiento de la extrema izquierda tiene hoy incluso la solidaridad de importantes sectores de capital, sobre todo de aquellos que temen una caída vertical de la economía americana, un nuevo «crack», y los que creen que sus industrias propias pueden obtener grandes beneficios de la competencia frente a los Estados Unidos en los mercados nuevos. Esta Europa sigue teniendo, como decimos, su marca de nacimiento, su origen genético, lo cual dificulta considerablemente su desarrollo. Aquí siguen los soldados y los aviones de los Estados Unidos, aquí siguen sus masas de capital y sus patentes, y sus invenciones y sus técnicas. Y una forma, un estilo de vida. Pero la ambición contraria es muy fuerte. Se diría que es una devolución histórica del principio de mayoría de edad. Hubo un momento en que los Estados Unidos creados por Europa se desgajaron de ésta y comenzaron su vida propia; hay otro en que Europa, a su vez, se trata de desprender del paternalismo de los Estados Unidos.

Nixon trata de evitar este movimiento, o trata de canalizarlo por lo menos por unas vías que no sean contrarias a los Estados Unidos. Al principio de este año dijo que sería el «year of Europe», el año de Europa. Ha celebrado ya algunas entrevistas europeas. La de Willy Brandt era forzosamente fácil —el paternalismo de Estados Unidos tiene

todavía más fuerza en la Alemania Federal que en otros países—, la de Pompidou ha resultado más difícil. Nixon tenía el propósito de celebrar una conferencia europea en el mes de noviembre, presidiendo tácitamente (aunque oficialmente se hablase de igualdad de todos los reunidos) a los jefes de estado y de gobierno de los países aliados de Europa. Pompidou le ha hecho ver que era imposible. Nixon pretendía que tal reunión, que fácilmente hubiese merecido el calificativo de histórica, redactase una nueva «Carta del Atlántico», cuyo borrador, redactado por Kissinger, muestra a sus interlocutores. Va a tener que conformarse con una serie de reuniones multilaterales. Si bien Pompidou ha precisado que hablaba únicamente en nombre de su país, aunque sin perder de vista la óptica europea —Brandt adoptó una posición contraria en Washington—, ha discutido el principio de la nueva Carta y ha deshecho la posibilidad de reunión general. El camino ha seguir será el de los contactos entre gobiernos, las reuniones de la OTAN para los problemas militares y las de organismos especializados las otras cuestiones: la expansión del comercio por la reducción de tarifas aduaneras —la Nixon Round, que continúa la Kennedy Round—, las reformas monetarias, las identidades políticas. Nadie puede negar que estos problemas están interrelacionados, pero parece que por ahora los europeos prefieren seguir tratándolos aisladamente. Una divertida frase de Pompidou ha resumido, en la conferencia de prensa final, la situación: «Mais... après tout, la conception est plus agréable que l'accouchement». El parto es siempre doloroso, el momento de concebir es siempre —generalmente— agradable...

Forzosamente, estas reticencias europeas han de estar generosamente apoyadas por la URSS, que debía ver venir como oscuras nubes la posibilidad de una Europa cerrada —para ella— y americanizada. Habrá hecho todo lo diplomáticamente posible para evitarlo, como los Estados Unidos han hecho también todo lo posible, quizá más, por evitar que prevaleciera las posiciones soviéticas en las «Helsinki consultations». Como se sabe, la conferencia de seguridad y cooperación en Europa es una lenta y paciente obra soviética. Para la URSS, la conferencia debía significar que en lugar de la Europa occidental de tipo americano, aun la nueva propuesta por Nixon mediante la Carta del Atlántico reformada, se crease una Europa sin barreras ideológicas, un sistema paneuropeo, y no solamente europeo occidental. En la conferencia deberían ser reconocidas las fronteras de posguerra —lo cual había sido previamente adquirido por los tratados con Alemania, y por el ingreso en las Naciones Unidas de las dos Alemanias—, y la retirada de las tropas extranjeras; prácticamente, las de los soldados y las armas atómicas de los Estados Unidos, que dan su vértebra a la OTAN. Este último tema se remitió a una conferencia especializada, de desarme. Y a los otros, los Estados occidentales respondieron de una manera astuta: no habría fronteras ideológicas cuando todos los participantes en la conferencia decidieran la libertad de circulación de personas, de ideas, de impresos. Les parecía que por razones de política interior, por miedo a la subversión, la URSS iba a rechazar estas ideas. Una cierta sorpresa ha producido en los euroamericanos la cesión soviética en gran parte de estas propuestas. Se habla del «espíritu de Brejnev» —la profundización de la coexistencia, que ha situado a Brejnev a la cabeza de la política soviética en los últimos cambios del buró político— para señalar la facilidad de lo que se considera un cambio de actitud. Se ha llegado a acuerdos concretos en lo referente a la circulación de material llamado cultural, en el libre movimiento de personas, en la difusión de informaciones escritas, televisadas o radiadas. Hay un cierto espíritu triunfalista entre los occidentales, que creen que han recibido más de lo que se proponían, y que han dado a cambio menos de lo previsto. La URSS hizo especial hincapié en la cláusula determinando la «inviolabilidad de las fronteras» (lo cual significa que no debe ya haber pasos atrás en la fijación de las de posguerra; y, según muchos, en la consagración de la existencia de las dos Alemanias) y, una vez obtenido esto, lo demás fue fácil. Terminan ahora las consultas, se acaba esta semana la fase preparatoria. Va a comenzar la de ministros de Asuntos Exteriores (las fechas propuestas oscilan entre el 28 de junio y el 2 de julio), que pueden considerarse ya como la verdadera conferencia, y tras ella vendrá la de jefes de estado y de gobierno, que, probablemente, se limitará a la firma de los protocolos y los acuerdos conseguidos anteriormente.

De esta forma, se va a llegar a la conferencia cumbre europea, pero muy distinta de la que proponía Nixon. No será la de éste con los países de la OTAN, sino que habrá de asistir a los de todos los países de Europa, sin distinción de régimen. Será ciertamente menos operativa que la de un grupo manejable y afín, tendrá que limitarse a principios y generalidades en lugar de a decisiones inmediatas. Pero será menos parcial.

---

**6 triunfo**